

Homenaje al doctor Antonio Torres Estrada

EMMA LIMON*

Es el 8 de mayo de 1973. Noche de Congreso, Mazatlán, México. Los juegos artificiales se confunden con las estrellas que iluminan la muerte del mar sobre la arena.

De pronto las luces en movimiento que semejan el gran salto de Nijinsky en la muerte del cisne, se detienen y sólo permanecen los brillos estáticos del firmamento.

Ese día comienza la quietud del médico y maestro. Es el día del último reconocimiento público a sus méritos.

Es el día que el hombre siente que sus pies ya no responden, que terminaron operaciones y congresos; que hizo todo lo que tenía que haber hecho.

Es un día de añoranzas. El que elige para contar-nos su vida.

Suave y tierno nos relata imágenes de su infancia, sus anhelos, sus amores y trabajos, sus dolores y esperanzas; que entremezclados con el testimonio que los médicos ya viejos de su última generación de

alumnos poseemos; conforman este relato, que como homenaje de todos, hoy presento:

Antonio Torres Estrada: hombre, médico y maestro.

Su nacimiento humilde en Zacatecas el 6 de abril de 1890 marca su personalidad. En él se revelan las virtudes dependientes de la humildad.

Antonio sin saberlo las practica todas: amabilidad, benignidad, bondad, condescendencia, delicadeza, docilidad, dulzura, buena voluntad, mansedumbre y modestia.

Sus orígenes:

Fuerza genética que interacciona con su ambiente.

Roca gigante inmovible a la vez que torbellino que irremediablemente arrastra, como a una hoja, una catarata.

Moldes de lo que se oye, se ve y se palpa.

Torres Estrada, está marcado para siempre.

De su abuelo materno de apellido Estrada hereda la perseverancia, el tesón, las horas de trabajo que nunca acaban, el éxito al final de la jornada, el desecho de llegar, de pisar la tierra conquistada.

Según nos relatara: su abuelo fue un hombre rico por el producto de su trabajo. Su casa allá en Fresnillo ocupaba una manzana entera y estaba dividida por los diversos negocios que atendían sus hijos bajo su dirección y patrocinio.

Desde fábricas de carretas y diligencias hasta tiendas de ropa y comestibles.

Presentado en sesión reglamentaria de la Sociedad Mexicana de Oftalmología, el 20 de diciembre de 1983.

* Hospital General "Manuel Gea González". Secretaría de Salubridad y Asistencia.

El abuelo además era pintor y escultor y parece que en varias poblaciones del norte de la República existen en algunas iglesias esculturas hechas por él.

Patriarca estilo judío, forma de vida tipo gueto judío.

Saltó del apellido Strada de origen portugués que por el año de 1596 hicieran emigrantes judíos convertidos al llegar al reino de Nuevo León en la Nueva España.

Antonio hereda características y cualidades que marcarán el ritmo de su vida como profesionista, pero no hereda fortuna ni conoce siquiera a tan interesante personaje.

El abuelo Estrada, viudo, era ya mayor, cuando se casa en segundas nupcias con una viuda todavía joven. De este matrimonio nace una hija llamada Margarita.

Muere el patriarca al cuarto año de matrimonio y el gueto se desbarata por los eternos conflictos de posesión y distribución de bienes y negocios; y queda, la por segunda vez viuda, con su hija Margarita de tres años, sin casa y sin fortuna.

De esta abuela, hereda Antonio una gran memoria.

Aprendía páginas con solo leerlas una vez; las poesías parecía fotografiarlas, pudiendo repetirlas una y otra vez a lo largo de toda su vida. Así fue de Fuchs, de Morax, de Lagrange, La personne, Cantonet y de todo aquello que de oftalmología trataba.

No hubo mucho espacio en su memoria para otras cosas.

Hombre de amores únicos no se dispersaba.

La hija de esta mujer llamada Margarita sería la madre de Antonio Torres Estrada. Margarita fue educada en la austeridad de una posición intensamente trabajada amasando dulces, decorando pasteles y elaborando fórmulas secretas de chocolate. Fue privada de los privilegios económicos del resto de la familia Estrada.

Margarita casa a los 18 años.

El apellido Torres precede ahora al de Estrada. Aquí se pierde la historia; no hay cartas ni papeles, solo un recuerdo triste de un niño y su hermana que vagamente reconocen la presencia esporádica de un padre que pronto se hace definitivamente ausente.

Días tristes que fueron consolados por los años mágicos que pasara en la casa grande del padrino, Don Apolonio Salas.

Alacenas llenas de juguetes para él solo.

Nana que lo mimaba y le entretenía la ausencia sacrificada de su madre.

Paseos por la alameda de Zacatecas.

Trajes de terciopelo y encaje, botines pequeños de charol.

Cama-diván con incrustaciones de nácar junto a la gran cama de madera tallada del padrino.

Hombre inmensamente rico y generoso que lo adoraba, pero que muere antes de realizar en Antonio los anhelos de educación en Europa y cultura refinada.

Lo nombra heredero único. Pero la magia se acaba. Albacea y fortuna se esfuman en una mala jugada.

Son años de lucha pero Margarita; lucha que moldea el carácter del pequeño Antonio. Sostiene a su familia con su labor de partera en la ciudad de Zacatecas en donde el niño estudia la instrucción primaria en el Instituto Lancasteriano. Escuela laica que también marcara su actitud de hombre bueno, moral y recto, pero totalmente independizado de los ritos y prácticas religiosas que eran impuestos a todos los niños que acudían a las escuelas particulares de su tiempo. La escuela Lancasteriana le deja profunda huella.

Disciplina militar que fomentaba el patriotismo y el cumplimiento de las obligaciones.

Los sábados salían los niños al campo acompañados de un soldado instructor, que llevaba su clarín con el cual les daba órdenes. Cuando tocaba a "Rompan filas" los alumnos se dispersaban para almorzar, recoger plantas, piedras raras, flores y mariposas.

Los sábados lluviosos Antonio y sus compañeros se entregaban a los trabajos manuales en un taller formal donde cortaban madera, la pegaban y la clavaban; manejaban la máquina caladora y encuadernaban libros.

Así se hizo Antonio artesano.

Habilidad que luego emplearía para producir las prótesis oculares más finas y sus instrumentos para cirugía.

Sobreviene otro desprendimiento doloroso. Fue necesario abandonar Zacatecas por razones de salud de su madre.

Difícil despedida de amigos y rincones queridos.

Los maullidos de su gato en el ferrocarril le consuelan.

Reminiscencias de su patio, del pequeño jardín, de las subidas furtivas a la azotea a recoger la resolana de la siesta.

El traslado es a San Luis Potosí. Ahí doña Margarita continúa con brillantez su carrera.

Su capacidad la habilita para que la nombren ayudante de la cátedra de obstetricia y partera en jefe de la maternidad de San Luis Potosí. La familia Torres Estrada está de nuevo cómodamente instalada y Antonio termina el año que le faltaba para completar su instrucción primaria y poder ingresar al Instituto Científico y Literario para cursar sus estudios preparatorios.

Crisis de adolescencia:

Preparatoria: primer año, materias nuevas: matemáticas, francés, inglés, teneduría de libros y dibujo.

Repudio de todos los alumnos por el idioma inglés.

Aún estaba fresca en la memoria de los mexicanos la pérdida territorial de 1847.

Antonio no se interesa.

Su primer año de la preparatoria siempre lo lamenta.

Instigado por sus compañeros no asiste suficientemente a clases, no estudia, pasea; resultado: reprueba tres materias. Al final del curso sobreviene el primer enfrentamiento serio de su vida.

Margarita no era señora de juegos, para ella la vida fue siempre seria; no admitió en su hijo Antonio, ni evasión ni complacencia.

Sus palabras lo amonestan, y para siempre resuenan, fueron himno y peradigma, sello en futuras proezas, la vergüenza, la dignidad, vida honesta de abnegación y de entrega, fueron siempre canto a dúo por poco más de ocho décadas.

Antonio avergonzado reconsidera. Con lágrimas en los ojos promete. Toma en serio su promesa. Se aplica en tal forma que termina los cinco años de preparatoria en tres, adelantando materias y ganándose el apodo "del machetero Torres Estrada". Trabajaba de día y de noche alentado por tres metas:

La Escuela de Medicina; cumplir lo que prometiera y conseguir el amor, de una flor que era promesa, rubia y fina, pequeña. Su musa de adolescencia: Margarita Martínez Gordo, transitaba por enfrente de su casa de la mano de su padre siempre adusto y de su hermana que juguetea.

Antonio la contemplaba por detrás de la ventana, soñándose ganador de los premios y medallas. Soñaba con impresionar al gran anhelo de su alma, de quien no podía lograr ni sonrisa ni mirada.

Al fin la fecha esperada.

El teatro Zaragoza vestido de gala. Los personajes y el pueblo abarrotan ya la estancia....de pronto.... los premios. Llamen a Torres Estrada.

Los aplausos, las menciones, cintas y cinco medallas.

El público se entusiasma.

La euforia es más acendrada.

La apoteosis. *Héroe de esa jornada.*

Su homenaje a la niña de sus sueños, era ya meta lograda.

Su esfuerzo lo compensaría, de no ser alto y apuesto, como el novio que Margarita soñara.

Su éxito lo emborracha, se monta en su bicicleta, llega a casa de su amada, la observa desde la esquina, asomada a la ventana, se le acerca, de su fiel amor le habla....' Margarita no lo escucha,

se retira al interior de su estancia, la puerta se cierra sola.

Y así acaba,

el sueño de adolescente,

Así madura Antonio con más dolor en su alma.

Ingresa al primer año de la facultad de medicina en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, obteniendo las mejores calificaciones.

La provincia es ya jaula pequeña, convence a su madre, la mujer comprende eso de los vuelos grandes.

Recomendaciones de sus maestros. Inscripción en la Escuela de Medicina de México.

Cartas a la casa de huéspedes regentada por familia española. Traje nuevo. Camisas de cuello almidonado. Dinero para libros. Margarita tiene plena fe en su hijo.

Antonio Torres Estrada obtiene el título de Médico Cirujano el 7 de abril de 1913. El primer paso está dado. Antonio ya es Médico, Margarita podrá descansar para siempre. Antonio le seguirá dando las máximas satisfacciones en la vida hasta que muere cerca de los cien años de edad.

1913. Veintitres años de edad, interno de la Cruz Roja.

Engolosinado con el sacrificio, noches sudorosas de olor a éter y cloroformo, amputados, olor a hueso serruchado. Merece la medalla de plata de la Cruz Roja Española.

1914. No rehuye el momento histórico de su patria. Revolucionario de verdad; sin fusil ni canan, sin instrumentos quirúrgicos suficientes, sin rencores de clase, sin anestesia la mayor parte de las veces, sin violencia, sin antibióticos, sin ambiciones personales, sin ambulancias.

Una que otra camilla, puestos de socorro, infinito amor al hombre. Cirugía mayor, pierde la náusea final frente al dolor y la sangre.

Última batalla: San Pedro de las Colonias, Coah. Brigada que atendió a más de 20 mil heridos. 50 mil hombres caen a su lado como soldados de plomo que se recuestan al ritmo de un garnucho de niño que juega a épicas batallas.

Es de los poquísimos sobrevivientes.

Ahí nace el cirujano. Recibe la Cruz de Valor y de abnegación a los servicios médicos en campaña como médico de la Cruz Roja Mexicana.

La vida civil nuevamente lo reclama tiene que cumplir su destino. Sus batallas son otras, su revolución será ganada en quirófanos y aulas.

¿Cuándo nace su pasión por la oftalmología?...qué torpeza que nunca se lo preguntamos. Pero investigando entre papeles amarillentos por el tiempo, encontramos que muy temprano su decisión estaba tomada.

Tiene nombramientos precoces en el mundo de la enseñanza. Es ayudante de maestros en diversas disciplinas.

19 de agosto de 1913. Preparador interino de la cátedra de Histología en la Escuela Nacional de Medicina.

Mayo 26 de 1915. Ayudante supernumerario interino del profesor de Anatomía Patológica.

Marzo 27 de 1918. Ayudante de los profesores de Anatomía Microscópica en la Escuela Nacional de Medicina.

Abril 15, 1918. Ayudante de Anatomía Microscópica, Histología y Embriología.

Junio 12, 1920. Ayudante de Anatomía Microscópica.

Febrero, 10, 1921. Médico externo del Hospital Juárez.

Enero 3, 1922. Ayudante de Anatomía Microscópica, Histología y Embriología.

Enero 21, 1923. Ayudante de Clínica.

Enero 21, 1924. Ayudante de Clínica.

Pero pronto resalta su vocación:

Junio 8, 1916. Ayudante interino de la Clínica de Oftalmología.

1918. Profesor académico de Oftalmología. Graduado en la Facultad de Altos Estudios.

1919-1920. Jefe de Clínica del citado curso en la Facultad de Altos Estudios.

1919-1925. Jefe de Clínica de Oftalmología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional.

1956. Profesor titular de Oftalmología en la Escuela de Postgrado hasta los 83 años.

Está ante nosotros la sucesión vertiginosa de puestos y cargos docentes que lo llevarían a ocupar la posición más destacada en la oftalmología mexicana de su tiempo.

Está presente en la inauguración del Hospital General de México.

Restos de la época porfiriana.

Procedimientos de principios de siglo.

Nace en gran cuna la gloriosa medicina mexicana.

Practicante por oposición, médico interno del Hospital General 1913-1915. Elige por supuesto ser médico adjunto del servicio de oftalmología y otorrinolaringología.

La pasión de su vida ha tomado en el joven médico asiento y garra.

Estudia sin cesar, es casi autodidacta.

Los libros clásicos de la oftalmología son su almohada.

Daniel Vélez, lo acoge con agrado en su práctica privada y le enseña lo que en ese tiempo se enseñaba, que no era mucho. Daniel Vélez era abierto, aún cuando distraído en otras campañas (como la creación de la Casa del Estudiante Mexicano en París)—Sin embargo, su actitud generosa contrastaba con el estilo de Rafael Silva, otro de sus maestros que practicaba los grandes secretos de la Oftalmología en la soledad y a puerta cerrada.

La Sociedad Mexicana de Oftalmología, recién nacida lo acoge. Daniel Vélez, que dirigía los anales de la Sociedad, se informa que Torres Estrada, traducía el inglés, el francés, el alemán, el italiano y el portugués y lo nombra Jefe de Redacción de los Anales. Así Torres Estrada devora todas las publicaciones oftalmológicas de este tiempo. Condensa los artículos nacionales y extranjeros.

El día para él no termina nunca, trabaja como oftalmólogo y otorrinolaringólogo en la Casa de Cuna (febrero-1921).

De 1918 a 1921 ocupa el cargo de Inspector de Oftalmología Purulenta en Salubridad.

Es médico del Hospital Juárez, desde 1920 hasta 1934. Funda el servicio de Oftalmología, que aún existe en dicho establecimiento.

En 1922 ingresa al Hospital Oftalmológico de Nuestra Señora de la Luz, escenario de sus más prodigiosas hazañas, siendo su nombramiento de médico adscrito hasta que en el año de 1922 recibe el cargo de Subdirector y en 1944 de Director del Hospital Oftalmológico más antiguo y más prestigiado en ese tiempo. Es médico del Ferrocarril Mexicano.

Viaja a Veracruz cada fin de semana.

Estudia incansablemente, su trabajo es ininterrumpido. Su habilidad quirúrgica lo perfila ya como el cirujano ocular más hábil de México. Su devoción a la Oftalmología es casi mística.

A los cinco años de haber obtenido su Título de Médico se encuentra cara a cara con el amor de su vida con quien hizo la poesía, dentro de la dureza de trabajo y disciplina, de responsabilidad e inquietud científica.

La Rorra, de belleza exquisita, de esplendorosos ojos verdes, refinada y bien nacida, gentil le hizo graciosa la vida.

Le acojinó su existencia. Su matrimonio fue idilio, fue poesía, fueron susurros que aún resucitan los recuerdos de Aurora Pérez Cano, llevando a Toño a conciertos, adornándole la casa con porcelana antigua; prendiéndole en la corbata el fístel de perla fina, alentándolo, enjugándole sudores y lágrimas escondidas.

Procrean tres hijas: Margarita, Aurora y Carmen.

Añoranzas de felicidad cumplida.

Vive con la Rorra la etapa prolongada y fructífera de su vida. Su éxito se acrecienta, escribe y describe, inicia, revoluciona la cirugía. Su nombre viaja, lo reconocen en el extranjero.

Los anales de Oftalmología están llenos de su talento, sus alumnas a instancias de él se ausentan del maestro y van a recorrer el mundo a caza de mejor talento. Le escriben: ni Castroviejo sueña en operar como usted opera. La extracción de cataratas por fin es una operación segura gracias a su técnica que aunque más complicada es mucho más perfecta.

Trabaja, enseña, estudia, dormita, imagina, comprueba, contempla y sueña oftalmología.

Su pasión es obsesiva abarca todas las ramas de esta disciplina.

Su enseñanza generosa era abierta día a día, era a la antigua usanza, era noble y era tierna como de padre a hija.

Fueron muchos sus alumnos: Sánchez Bulnes, Diego Cuevas, Salcedo, Montellano, Héctor Rivero, Meyran, Espinoza y mil más que quedan en el

tintero, que han dado y siempre darán testimonio de su enseñanza genial.

Pero a mí hoy ha tocado por designios de la vida, describir mis experiencias de su generosidad cumplida.

Año de 1946, atento y fino recibe en su despacho a un gran viejo que era su conocido, quien le presenta a su hija, siguiendo el romanticismo de tiempos desaparecidos.

Mi hija leyó un artículo sobre un ciego que ha visto gracias a su intervención, le suplico dr. Torres le enseñe usted a mi hija su tan noble profesión.

La alumna de 19 años, 3o. de Facultad, lo observa emocionada, sin atreverse a chistar.

El maestro sonríe condescendiente. Contempla a padre y a hija, y pregunta....¿Es posible combinar su asistencia aquí conmigo, con sus clases y sus prácticas?...Porque no hay que descuidar su estudio en la Facultad.

Claro que sí, casi grito.

A las 11 de la mañana, mis clases yo ya termino....jera tanta mi esperanza, y por fin llegaba el día en que mi mano la alcanza.

11:30 al día siguiente: extiende en mano derecha a manera de saludo un volumen que me entrega, un tesoro, me lo presta.

El Duke Elder. IV Tomo, las páginas señaladas. Y me dice:

Por la refracción se empieza, pues con refracción termina toda buena cirugía.

Estudie ésto con cuidado, pregúnteme cualquier duda y preséntese ahora mismo al quirófano. Hoy se inicia.

Y así fue por toda la vida. Me llevó con gran cuidado por toda la patología.

Haciendo que me enamorara de esta bella disciplina.

El gozaba enseñando, hasta el mínimo detalle de la magia que inventaba.

El asombro que nacía por sus manos que por su aspecto solo torpeza insinuaban, se trocaba, en el más cálido aplauso ante tanta filigrana.

Y así seguía su enseñanza en sus libros, en su casa, a todas horas.

Interés por sus alumnos que él siempre prolongará a través de muchos años, con fidelidad arcaica.

Sería irrespetuoso intentar analizar en tan poco tiempo su producción científica.

Basta recordar que por lo que respecta, a la catarata, es de nuevo el héroe de la jornada. A través de 20 años, investiga, modifica, publica 10 trabajos entre los años de 1925 a 1945 y cambia una técnica insegura en otra perfecta y libre de complicaciones en la que enfatiza el cierre hermético de la herida operatoria. La cirugía de catarata deberá siempre ostentar una delimitación en la oftalmología mexicana; antes y después de Torres Estrada.

Es también brillantísima su intervención en el glaucoma. En 1918 practica por primera vez en México la trepanación de Elliot y otras operaciones filtrantes. Convencido de su ineficacia adopta la

ciclodialis.

Modifica la técnica, la convierte en hemicyclodialisis. Demuestra que su operación hace el restablecimiento del sistema de filtración del ojo. Idea instrumentos especiales para practicarla.

La espátula de Torres Estrada para hemicyclodialisis abre ampliamente el canal de Schlemm y establece la derivación natural de los líquidos intraoculares comunicando la cámara anterior con el espacio supracoroideo.

La hemicyclodialisis de Torres Estrada es digna precursora de la trabeculectomía que se practica en nuestros tiempos. Escribe innumerables trabajos donde hace notar la falta de concordancia que existe acerca de las cifras de presión intraocular que se consideran normales y la realidad. Describe con exactitud las causas de error de la tonometría de Schiotz, considerando este sistema sumamente inexacto. Describe el síndrome de hipertensión ocular en los niños miopes.

Considera que las fallas en el diagnóstico y tratamiento del glaucoma dependen en gran parte del desconocimiento de la media tensional del ojo y proclama la inexactitud de datos existentes.

Por primera vez realiza mediciones por medio de un microtonómetro aplicado directamente en la cámara anterior del ojo humano, experiencias que realiza en más de 75 individuos antes de ser intervenidos de los ojos y como un tiempo preliminar a la operación.

La medida que encuentra es de 18.8 mm de mercurio, cifra mucho más exacta que la comprendida entre 15 y 35 fijada con anterioridad.

Realiza también investigaciones en el proceso de formación, de la excavación glaucomatosa, en el glaucoma y demás estados hipertensivos del ojo rectificando conceptos antiguos. Señala a varios probables agentes de glaucoma.

Es el padre de la punción del vítreo en la cirugía de glaucoma, en cataratas glaucomatosas, y en el tratamiento del queratocono.

Realiza varios trabajos de alergia y glaucoma. Inicia la inyección retrobulbar de adrenalina en el tratamiento del glaucoma inflamatorio agudo.

En el capítulo de las vías lagrimales se le puede señalar como el iniciador de la dacriocistorrinostomía en México.

Desarrolla una técnica personal.

Describe una técnica para reposición de puntos lagrimales como tratamiento de la epifora por desplazamiento de los mismos, en el ectropión senil.

Transplanta la vena de la mano para la reconstrucción de los canales lagrimales.

Describe una teoría patológica del pterigión por fibrosis de la cápsula de Tenon. Hace estudios sobre el tratamiento postoperatorio del mismo por radiaciones beta. Describe una técnica personal para su extirpación que sigue siendo la más válida hasta el día de hoy.

Es importante recordar que Antonio Torres Estrada

da, no fue únicamente oftalmólogo, sino otorrinolaringólogo y que demostró una disciplina quirúrgica impecable en cirugía plástica de la cara.

Realiza durante todo el tiempo de su vida profesional una serie de intervenciones admirables de cirugía reconstructiva de los párpados.

Por lo que toca a la queratoplastia, es el médico que la realiza en México con mayor excelencia y elegancia según afirmara el mismo Castroviejo.

IncurSIONa en el desprendimiento de la retina. Su método de compresión en el tratamiento de los desprendimientos fue famoso en su tiempo. Lo combinó con la diatermocoagulación, con la operación de Muller y con la ciclodiatermia.

Se ocupa de la oncocercosis, presenta trabajos de investigación conjunta entre el Hospital de Nuestra Señora de la Luz y el Instituto de Enfermedades Tropicales.

Sus observaciones lo llevaron a encontrar una técnica personal, que permite observar las microfilarias con una pequeña modificación del oftalmoscopio eléctrico.

IncurSIONa en el estrabismo. Señala la patogenia de algunos estrabismos de origen palúdico y se recrea en modificar las técnicas quirúrgicas existentes en su tiempo.

La tuberculosis es un tema que lo apasiona.

Antes de dedicarse a la descripción de las alteraciones oculares provocadas por la tuberculosis, se empa-
pa y estudia profusamente este padecimiento. Insiste en detectar el origen tuberculoso en muchas enfermedades oculares y se ingenia para desarrollar un tratamiento con soluciones muy diluidas de tuberculina y antígeno metílico.

Señala la frecuencia de la alergia tuberculosa en el glaucoma y en muchos padecimientos oftalmológicos.

Opera órbitas, tumores orbitarios, reconstruye muñones. Describe técnica para ampliación de la cavidad orbitaria.

Se interesa por las prótesis oculares. Crea un laboratorio para la fabricación de ellas. Las trabaja con sus propias manos y desde 1918 obtiene prótesis perfectas.

Describe las complicaciones oculares del tifo exantemático y sus relaciones con la sífilis.

Se oculta del tratamiento de las conjuntivitis por las arsenicales.

La neurooftalmología lo apasiona.

Se interesa en el problema de la educación del ciego. Trata de las uveítis y las queratitis alérgicas.

Experimenta en perros.

Describe complicaciones oculares y neurológicas de origen palúdico en revistas italianas de patología ocular.

Se ocupa del exoftalmo maligno por tirotoxicosis. Señala conductas en las heridas penetrantes del ojo.

Describe técnica personal para extracción de cuerpos magnéticos con electroimán.

Sus hazañas quedan patentes en las publicaciones de su tiempo.

Publica sobre el tratamiento de las queratoconjuntivitis epidémicas por estreptomicina.

Su imaginación es prodigiosa.

Su deseo de obtener técnicas que superen lo conocido o lo establecido lo hace soñar, y ya en vigilia experimenta y comprueba.

Torres Estrada no sólo es un innovador. Posee además un gran espíritu universitario y académico.

Pertenece a las sociedades científicas importantes de su tiempo.

Es miembro de la Academia Nacional de Medicina. Ahí se codea con los grandes: Ignacio Chávez, Rivero Borrell, Castro Villagrana, Gustavo Baz. Morones Prieto, etc.

Es miembro de la Academia Nacional de Cirugía, cirujano nato, podría haber incursionado en cualquier territorio de la cirugía general con capacidad y brillantez.

Es miembro de la Sociedad de Cirugía del Hospital Juárez.

Es miembro de la Sociedad Franco-Mexicana de Medicina.

Miembro de la Sociedad Potosina de Ciencias y Artes.

Miembro de la Panamerican Association of Ophthalmology, que fuera de sus tribunas principales, desde donde el mundo supo de sus innovaciones.

Miembro de la Sociedad Mexicana de Oftalmología, plataforma y nido amoroso de toda su vida.

Miembro de la Sociedad Cubana de Oftalmología, que lo aplaudió por décadas, con el respeto y cariño que se debe a un prócer de la medicina continental.

Miembro de la Sociedad Argentina de Oftalmología que supo comprender sus valores.

Fellow of the International College of Surgeons.

Sus trabajos no podían quedar en la obscuridad, sus méritos fueron reconocidos y fue nombrado Honorary Fellow of the American Academy of Ophthalmology and Otolaryngology.

Delegado para México de la Sociedad Francesa de Oftalmología.

Delegado para México de la Liga Internacional del Glaucoma.

Presidente de la Sociedad Mexicana de Oftalmología desde 1930, hasta 1936 donde dejara honda huella como lo hizo en todos los lugares que dirigió.

Presidente del Cuarto Congreso Panamericano de Oftalmología en México, en enero de 1952.

Honorary President of the Pan American Association of Ophthalmology.

Presidente del Comité para estudios del Glaucoma en la Pan American Association of Ophthalmology de 1948 a 1959.

Miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Oftalmología nominado en diciembre de 1961.

Torres Estrada, perteneció a su gremio, nunca dejó de asistir a reuniones y congresos.

En 1960 recibe la medalla de plata de la Universidad Nacional Autónoma por más de 25 años de profesor de la Facultad de Medicina.

En 1961 recibe la medalla de oro del Instituto Cultural por 38 años como maestro en la cátedra de Oftalmología.

Sus cursos y conferencias son incontables.

Pero su enseñanza en la vida diaria fue su verdadera obra maestra.

Y así pasaba la vida

La Rorra que lo esperaba

muy bella y bien vestida

las hijas que regresaban

de una escuela distinguida.

Puerta secreta

une la gran residencia con la clínica, metida entre laberintos, cuartos de la casa grande,

dos pisos

mil recovecos, elegante,

Ezequiel Montes esquina con Gómez Farfás.

Se hace tarde, la mesa es larga

los manteles son de encaje

Toño que tarda en subir

la sopa se pone fría.

Y la Rorra con paciencia lo espera

un día tras otro día

pués Toñito está ocupado con su otro amor: Cirugía.

Y me parece estar viendo esta escena repetida,

descrita por un poeta

que no la conociera

y que sin embargo escribe

por ella esta poesía:

Al medio día pienso en mi amor

apenas si me doy cuenta que el sol está muy alto

pienso en su madurez brillante

en su trabajo agotador

y en su comer de prisa

y en su salir corriendo

¿Te vas sin darme un beso mi amor?

¿Crees que tengo bastante con el que me dejaste esta mañana?

Es dulce partir la jornada con un momento de amor.

¿Es posible que exista medio día sin un beso?

Es como si hubiera luz sin brillo, fuego sin calor,

rosas sin pétalos.

Sí, ven cada medio día a que nos demos un beso

un beso nada más, que tienes prisa

pero un beso siquiera vida mía.

Pero no todo es dulzura

los dolores se suceden

Torres Estrada abandona

el sitio de sus quereres.

En 1950 termina involuntariamente

su gestión como Director del Hospital de la Luz.

Consternación

El mundo de la Oftalmología de México se paraliza

sube otro Director

y él sale acompañado

de todos aquellos médicos

de sentimiento y honor.

Hay lágrimas en sus ojos,

él no sabe de traición

Ya a propósito de este hecho es deber y obligación

que se enmiende un error

que habla de destitución.

He descubierto grave error en la página 101 del libro de Historia de la Oftalmología del Dr. Enrique Grawe en que señala: cita textual, "a la muerte del Dr. Rafael Silva en 1944, es nombrado Director del Hospital de Nuestra Señora de la Luz, el Dr. Antonio Torres Estrada, quien estuvo al frente de la institución hasta 1950 en que fue destituido".

La palabra destituido salta ante mis ojos y me hace hacer revivir momentos de indignación.

Que en el ánimo de todos entonces y ahora

que Antonio Torres Estrada

no es merecedor

de un término

que pueda empañar su honor.

Siendo esta ocasión

no sólo de un homenaje,

sino la verdad en Dios,

exijo a Enrique Grawe

se retracte

de término tan traidor.

El término que yo propongo

no es de mi imaginación

lo tengo muy bien guardado

en un documento amarillo

sin lágrimas de perdón.

Es la carta que escribiera

indignado y con razón, con copias a todo el mundo

el maestro Manuel Márquez,

dándole el pésame sentido,

por el injusto despojo,

de Torres como Director.

Antonio Torres Estrada, no se desanima,

su labor docente y científica continúa, funda el

Centro Antiglaucomatoso y ahí le toca festejar el

reconocimiento más querido de su vida: medalla de

oro de la Sociedad Mexicana de Oftalmología como

reconocimiento a 50 años de labor.

Y luego la muerte llega

con perfidia y con dolor

y arrebató a Margarita,

luego a Aurora

en plenitud y esplendor

y Toño y Rorra se abrazan a consolar su dolor.

Rorra muere en el año de 1969. Cincuenta y años

de matrimonio. A Antonio no le consuela nada, ni la

presencia encantada de sus nietas.

Busca desesperado.

A los 83 años contrae nuevo matrimonio,

continúa trabajando,

se inicia su descenso.

La Rorra ya estaba muerta

nadie podría sustituir

su tierno y devoto amor.

Oye mal, se retira a los 87 años,

está aislado.

cuesta un esfuerzo enorme conseguir el visitarlo.

Ve que lo van despojando

y no le importa

es humilde,
 se conforma con poca cosa.
 Y en medio de esta bancarrota
 en que su fortuna, como la de su abuelo
 ganada con trabajo y con talento
 pasa a mercenarios y ajenos,
 de pronto toma conciencia,
 se precipita a salvar, de este naufragio fatal,
 sus libros y sus diplomas,
 sus medallas y memorias.
 Y en la última generosidad de maestro realizado,
 regala su gran riqueza
 a un discípulo amado.

Así era Torres Estrada, el cirujano y gran mago que
 como Armando Ramírez, dijera en feliz día del
 pasado:

Manos de titiritero que mueven los hilos de su cirugía
 imperceptible. Manos aladas de artífice que transmi-
 ten los sutiles mandatos de la concepción artística.
 La cirugía de este gran viejo taumaturgo de tan
 límpida, parece que no sucede. Que no se realiza por
 modos físicos. Es probable que así sea. Los prodigios
 se operan no sólo a través de la cirugía.

Un día, en mi última visita
 lo encuentro sumamente triste,
 su gato, semejante a aquel que un día
 lo consolara en su infancia
 de dolorosa partida,
 había sido retirado de su lado
 por egoísmo y perfidia.

Y fue en ese cruel momento,
 que la sangre indignada
 sube de pronto a mi pecho,
 y sin hacer mucho caso
 de rescatarle a su gato,
 espero me dejen sola....con él
 y con fiereza le espeto:

La Rorra lo está esperando
 váyase corriendo al cielo.
 Sus ojos brillan de nuevo
 se ilusiona, pide al cura,
 santo óleos, sacramentos,
 y ese día se consuma
 mi idilio de tanto años
 con la Rorra y el maestro.

Pasa un poco de tiempo, 1980
 se oculta su muerte a todos
 temor de que alguien reclame su herencia o sus
 despojos.

Por eso hoy, en este día
 quiero compartir mis lágrimas
 con el gremio de su vida
 hoy para mí es su sepelio
 no hay pudor en mis mejillas
 quiero que se vean mis lágrimas,
 quiero llorar sus ausencias,
 sus ausencias tan sentidas.
 Lloraré toda la noche
 remembranzas de mi vida.
 Y mañana por el alba

enjugando mis pesares,
 regresaré a mis labores,
 mis quirófanos, mis aulas,
 rumiando todas mis ansias,
 mis ansias de él heredadas
 y sabré que mi maestro
 no ha muerto.....
 Antonio Torres Estrada
 estás vivo....todavía.

